

**JOAQUIN CASTELLANOS:** *Páginas evocativas*. Selección y prólogo de Bernardo González Arrili. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1981. XIV más 210 p., 25 x 16 cm.

Este volumen, el decimocuarto de la Biblioteca de Autores Argentinos que publica la Academia, constituye un aporte notable para sacar del olvido a un hombre cabalmente representativo de un período complejo y atrayente de nuestra historia. Nacido en Salta el 21 de abril de 1861, Joaquín Castellanos pertenece a los más jóvenes de la llamada generación del 80 o quizás a los mayores de la siguiente. El punto no es trivial. Dilucidarlo contribuiría mucho a comprender la figura de Castellanos. En mi opinión, por ahora, yo me inclino a la segunda posibilidad. Probarlo rebasa los límites de esta nota.

Castellanos gozó —o padeció— de una fama precoz de poeta y orador. Las famas demasiado tempranas suelen fijar a un hombre en su imagen primera y suscitan una resistencia declarada o encubierta a valorar los cambios que traen los años. Este es, en muchos respectos, pero particularmente en su prosa, el caso de Castellanos.

Persistió en la política. Conoció la prisión, el destierro y la pobreza. Fue legislador nacional y en 1919 elegido, con gran alborozo popular, gobernador de Salta. Su disentimiento total con el primer gobierno de Yrigoyen lo apartó de esta gestión y pasó sus últimos años como un observador combativo que no cesó de colaborar en el periodismo. Murió, olvidado por las nuevas generaciones, agrinado por lo que juzgaba una situación política y social negativa, en el Tigre, provincia de Buenos Aires, el 28 de setiembre de 1932.

Las páginas que ahora reúne y prologa con su habitual saber y elegante naturalidad don Bernardo González Arrili pertenecen, pues, al último período de la vida del hombre que reiteradas veces declaró que exigía a sus fuerzas más allá de lo que ellas soportaban. Fueron originariamente publicadas en "Caras y Caretas" desde 1923 a 1929. Casi toda la actualidad a que continuamente se refiere Castellanos corresponde, por consiguiente, a la presidencia de Alvear, de quien fue compañero de militancia cívica y radical en las últimas décadas del XIX, y coincide con los años de postguerra que algunos historiadores llaman locos. Un período de hondas transformaciones en todos los órdenes y que, apartándonos de rigideces cronológicas, marca la afirmación inquieta e inquietante del siglo que vivimos. Un cambio de mundo evidente, si se emplea la expresión en el sentido preciso en que la usa Ortega.

La fama suele equivocarse en sus elecciones. Durante años, Castellanos fue para la gente el autor de un único poema que llegó a serle antipático hasta el enojo y el arrepentimiento. Un poco lo que le pasó a Nalé Roxlo con "El grillo", a Fernández Moreno con "Setenta balcones" y probablemente a Lizst con el "Sueño de amor" o a Leonardo da Vinci con la Gioconda. Recuerdo que a fines de los años veinte y principios de los treinta los vendedores de la calle Florida voceaban, junto con la "Biblia Gaucha", el último reglamento de sellados, la ley de jubilaciones puesta al día y los billetes ganadores de la semana, "El borracho" de Joaquín Castellanos. Seguramente se le recitaba todavía con voz llorosa o acusadora en clubes atléticos y sociales de barrio y en tertulias familiares de espíritu amplio o distraído o, por qué no, servía a los muchachos para desahogar a solas o con la novia de turno el dolor de saberse incomprendidos por los burgueses y golpeados por el mundo.

Esta selección invita a leer o releer lo mejor de Castellanos y a darle un lugar entre los buenos escritores argentinos de su cuerda. Un evocador cabal, un escritor que sabe contar su historia y, en ella, la de nuestra patria. Yo, por mi parte, me dedicaré a buscar

otras páginas suyas y trataré que me acompañen en la tarea algunos alumnos y discípulos míos. La historia pasa con velocidad acelerada entre nosotros. Lo que Castellanos evoca de cuarenta o cincuenta años antes pareció —y lo era— remoto a los más jóvenes. El Buenos Aires y la Argentina de la época de Alvear apenas si se acordaban del 80 o del 90 fuera de ocasionales festejos conmemorativos, el bautismo de una calle, la inauguración de una estatua. Creo (o confío) que hoy por hoy los tiempos han cambiado. Nada del pasado argentino debe sernos extraño. Y, a fin de cuentas, cabe decir respecto a Castellanos lo que decía Juan de Mairena a sus oyentes a propósito de Kant. En leerlo y en comprenderlo “se gasta mucho menos fósforo que en descifrar tonterías sutiles y en desenredar marañas de conceptos ñoños.” Yo agregaría que es preferible leer a Castellanos que malgastar los ojos y el tiempo en cualquier best-seller de varia procedencia, sea impreso, filmado o televisado.

*Adolfo Ruiz Díaz*